



# SYLVIA DAY SALVAJE

La autora que arrasa en todo el mundo.  
N.º 1 en veintiún países.

# *Salvaje*

Sylvia Day

Traducción de Jesús de la Torre

Esencia/Planeta

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Spellbound*

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta  
Imagen de la cubierta: © Retroartist / Depositphotos.com

© Sylvia Day, 2013  
© por la traducción, Jesús de la Torre, 2014  
© Editorial Planeta, S. A., 2014  
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: junio de 2014  
Depósito legal: B. 9.492-2014  
ISBN 978-84-08-12896-0  
ISBN 978-0-06-230549-7, HarperCollins Publishers, Nueva York, Estados Unidos, edición original  
Composición: Víctor Igual, S. L.  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls  
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

# Contenidos



Una magia familiar	9
Aquella antigua magia negra	73
Mujer de magia negra	121

# Uno



El Cazador había llegado por fin.

Victoria lo observó atentamente a través de las imágenes del circuito cerrado de televisión que vigilaba la recepción de su oficina. El sofisticado traje de Armani que llevaba puesto no conseguía ocultar al depredador que llevaba dentro. Alto y de piel oscura, el Cazador se movía con una arrogancia relajada que le hizo emitir un ronroneo. No miraba a su alrededor, concentrado por completo en el momento en que estarían juntos en la misma habitación. Solos.

Mientras ella se restregaba las manos, un gruñido gutural invadió el aire. El Consejo Supremo se disponía a pelearse de nuevo con ella. Sonrió y se acicaló, pues así eran las de su especie. Aquel Cazador era fuerte, podía notarlo incluso a través de las paredes que los separaban.

El hecho de que enviaran a un hechicero así en su busca evidenciaba el valor de ella. No pudo evitar sentirse halagada. Al fin y al cabo, había incumplido las leyes a propósito, provocando de forma deliberada a los mismos poderes que le

habían arrebatado a Darius. Y ahí tenía su «castigo», entrando en su oficina con aquel caminar seductor de piernas largas. No pudo sentirse más entusiasmada al ver a quién habían elegido.

Él lanzó una sonrisa arrolladora a la recepcionista antes de que ésta cerrara la puerta después de dejarle pasar. A continuación, dirigió su atención a Victoria y se quitó las gafas de sol.

«Dios mío.»

Victoria cruzó sus piernas envueltas en unas medias de seda para calmar el repentino deseo que sintió entre ellas.

Unos penetrantes ojos grises la examinaron desde un rostro tan austeramente atractivo que casi estuvo a punto de levantarse de su silla para restregarse contra él. «Esa mandíbula tan firme... esos labios esculpidos...»

Pero, por supuesto, no podía hacerlo. Primero había que ver si él revelaba quién era o si tenía la intención de fingir. El Consejo Supremo aún no era consciente del poder que Darius le había transmitido. Todavía no sabían hasta dónde llegaban los conocimientos de ella.

La mirada de Victoria se dirigió al pequeño marco de cristal que había sobre su mesa y al hombre con hoyuelos que desde él le sonreía con cariño. Hermosamente retratado en pinturas al óleo, con destellos dorados que brillaban en su cabello rubio, la visión de Darius le provocó un dolor fami-

liar de pérdida y pena que afianzó su determinación. El vacío de su vida la invadió de una necesidad de venganza.

Se puso de pie y extendió la mano. El Cazador la agarró despacio y la evidente fuerza de su caricia lo delató.

—Señor Westin —susurró ella conteniendo un excitante escalofrío. Tendría que dar las gracias al Consejo por aquel regalo cuando hubiese terminado con él. Era muy oscuro: su piel, su cabello negro azabache, su aura... La personificación del sexo. Podía olerlo, sentirlo con su cercanía. Estaba claro por qué era un Cazador de éxito. Ella ya estaba húmeda y ansiosa.

Max Westin sostuvo su mano más tiempo del necesario, y sus ojos de espesas pestañas reflejaron claramente sus intenciones de poseerla, de dominarla. Como a todos los gatitos, a Victoria le gustaba jugar, así que rozó la palma de la mano de él con las yemas de sus dedos al retirarla. Los ojos de Westin se abrieron de forma casi imperceptible, un diminuto indicio de que ella podría conseguirlo si de verdad se esforzaba.

Por supuesto, su intención era hacer precisamente eso. El Consejo sólo enviaba en su busca a sus mejores y más valiosos Cazadores, y Victoria sabía lo mucho que les fastidiaba cuando su élite se enfrentaba a un humillante fracaso. Era lo único que podía hacer para evitar sentirse una inútil: proporcionarles un severo recuerdo de lo grande que había sido Darius y de lo que habían perdido con su innecesario sacrificio.

—Señorita St. John. —La voz de Westin sonó como una áspera caricia. Todo en él era un poco áspero, un poco arenoso. Una criatura primitiva. Igual que ella.

Victoria le señaló la silla que había delante de su escritorio con superficie de cristal. Desabrochándose el botón de su abrigo, Max se hundió en su asiento, y sus pantalones azules oscuros se estiraron sobre sus firmes muslos y el impresionante bulto que había entre ellos.

Ella se lamió los labios. «Ñam.»

Un extremo de la boca de él se curvó con una sonrisa cómplice. Max Westin era muy consciente de su atractiva apariencia, lo cual le volvía irresistible ante ella. La seguridad era una cualidad que Victoria tenía en alta estima. También apreciaba cierto toque de maldad y, sin duda, Westin lo tenía. Aquella aura oscura delataba los indicios de magia negra que él esquivaba. Victoria dudó si el Consejo lo tendría a él más sujeto que a ella.

Victoria sintió que ya le gustaba enormemente y se sentó en su silla colocando sus piernas bajo su falda de tubo negra, de forma que pudieran verse en todo su esplendor.

—El museo quiere expresarle sus más sinceras disculpas por la pérdida de su collar —empezó a decir él.

La sonrisa de ella se ensanchó. Westin no iba a decirle quién era. «Qué excitante.»

—No me parece usted el típico conservador, señor Westin.



—He venido en representación de la compañía de seguros del museo. Está claro que una pérdida de tal magnitud exige una investigación.

—Eso es tranquilizador, desde luego.

Observándolo a través del velo de sus pestañas, Victoria notó la energía que revelaba su carácter inquieto. Sus labios firmes y carnosos insinuaban placeres pecaminosos. A ella le gustaban los hombres pecadores y enérgicos. Éste era un poco rígido para su gusto, pero eso podría cambiar con la conveniente persuasión. Al final, todos terminaban sucumbiendo. Aquélla era la única parte del juego que la decepcionaba: la rendición.

—Parece usted especialmente tranquila —murmuró Westin— para tratarse de una mujer que acaba de perder una joya de incalculable valor.

Los dedos de los pies de Victoria se encogieron. Tenía la voz grave y ligeramente ronca, como si acabara de levantarse de la cama. Era deliciosa, como el resto de él. Era de hombros muy anchos, pero esbelto, y cada uno de sus movimientos constituía una elegante ondulación de músculos perfectos.

—Angustiar-se no sirve de nada —replicó ella haciendo un gesto de despreocupación—. Además, usted está aquí para buscar el collar y parece... capaz de encontrarlo. ¿Por qué habría de preocuparme?

—Por si no lo recupero. Su confianza en mis capacidades me halaga, señorita St. John, y no está fuera de lugar. Soy muy bueno en mi trabajo. Sin embargo, a veces, las cosas no son lo que parecen.

Aquello era un aviso, claro y simple.

Pensativa, ella se puso de pie y se acercó al ventanal que había tras su escritorio. A pesar de estar dándole la espalda, Victoria sintió el calor de su mirada acariciándola por todo el cuerpo. Jugueteeó con las perlas que adornaban su cuello y miró hacia el horizonte de la ciudad.

—Si fuera necesario, me haría con otro sin más. Todo se puede comprar por un precio, señor Westin.

—Todo no.

Intrigada, Victoria se dio la vuelta y se sorprendió al ver que él se estaba acercando. Se colocó a su lado, con la mirada puesta en las vistas, pero con su atención centrada por completo en ella. Victoria sintió cómo el centelleo de la fuerza de Max le recorría el cuerpo, buscando sus puntos débiles.

Incapaz de resistirse al peligro, frotó su hombro contra el de él e inhaló el delicioso aroma masculino de su piel —una mezcla de colonia de mil dólares y puro Max Westin—. Su respiración se tornó superficial y el ritmo de su corazón aumentó. Perdiendo la perspectiva, Victoria se apartó. Llevaba mucho tiempo sin permitirse darse gusto con un hombre

poderoso. Demasiado tiempo. Los otros Cazadores se habían mostrado ingeniosos y seductores. Westin tenía eso, además de una verdadera fuerza mágica.

—Max —dijo con voz suave, provocando una sensación de familiaridad al usar su nombre de pila.

—¿Sí?

Ella miró hacia atrás. Él la estaba siguiendo. Acechándola. Recordándole quién era el depredador allí.

«Puede que sea divertido.» Si es que quería jugar.

—Cene conmigo.

—En mi casa —aceptó él.

Ella se acercó al mueble bar y cogió dos botellas de leche, una elección deliberada que mostraba su conocimiento. Estaba claro que Westin sabía cómo actuaba ella. Pero ¿sabía por qué?

¿Era conocedor Westin de que con el último aliento de Darius éste le había transferido su magia a ella, haciéndola mucho más poderosa que a un Familiar común? ¿De que había sido amada por su hechicero y que ese amor era lo que le confería ahora la capacidad de tomar sus propias decisiones?

Antes de tener el don de Darius, ella había sido como los demás Familiares. El Consejo Supremo designaba los apareamientos entre los de su especie y sus equivalentes mágicos, sin tener en cuenta cuáles eran sus deseos. Algunos Familiares no eran felices con sus parejas. Ella había sido afortunada

la primera vez, al haber encontrado un amor por Darius que había trascendido el tiempo. Ahora, también debido a ese amor, era demasiado poderosa como para ser tomada en contra de su voluntad. En los dos siglos que habían pasado desde que lo había perdido, ningún otro hechicero había conseguido domesticarla. Westin no tendría mejor suerte. Ella había amado antes, profundamente. Nunca más volvería a haber otro hechicero para ella.

Contoneando las caderas y ofreciéndole una sonrisa seductora, se acercó a él.

—¿Y qué le parece en la mía?

—No. —Él tomó la botella de la mano extendida de Victoria, cubrió deliberadamente los dedos de ella con los suyos y los mantuvo allí. Dejándola atrapada—. Victoria.

Su nombre, una única palabra, pero pronunciada con tal posesión que ella casi pudo sentir el collar alrededor de su cuello. Los Cazadores no conservaban a los Familiares: los atrapaban y, después, los pasaban a hechiceros inferiores. Nunca permitiría que volvieran a disponer de ella de ese modo.

Así que se quedaron allí de pie, tocándose, evaluándose el uno al otro. Ella inclinó la cabeza y dejó que se viera su interés, sin poder ocultarlo con sus pezones duros haciéndose notar bajo su camisa de seda verde. El pecho se le movía con la respiración casi jadeante y la sangre se le calentaba tanto

por la cercanía de él como por su olor oscuro y seductor. Era muy alto, muy duro, intenso. Sólo el rizo sedoso de pelo oscuro que le caía sobre la ceja suavizaba sus rasgos puramente masculinos. Si no fuese un Cazador, ella estaría trepando sobre él de tanto como lo deseaba.

Cuando él bajó la mirada hacia la turgencia de sus pechos, la boca se le curvó con una sonrisa carnal.

—Apuesto a que yo soy mejor cocinero —susurró con voz ronca, acariciando con sus dedos los de ella y provocándole chispas por todo el cuerpo.

—No lo sabrá si no viene a mi casa —repuso ella con un mohín.

Él se apartó y su encanto se desvaneció al instante.

—En mi casa o tendré que rechazar la invitación.

Victoria deseó haber estado en su forma felina para poder haberle golpeado con la cola. Saltaba a la vista que Max Westin estaba más que acostumbrado a conseguir lo que deseaba. Era un Dominante, como todos los Cazadores. Qué lástima que ella también lo fuera.

—Una pena. —Victoria lo dijo de verdad. Su decepción le causó dolor. La casa de él no era una opción. ¿Quién sabía qué hechizos podría lanzarle allí? ¿Y qué juguetes tendría...? Sería igual que meterse en una jaula.

No hizo caso al estremecimiento que le produjo el pensarlo.

—¿Ha cambiado de idea? —La sorpresa de Westin era evidente.

Definitivamente, aquel hombre no solía escuchar a menudo un «no».

—He sido yo quien lo ha invitado a cenar, señor Westin, y usted está poniendo condiciones a esa invitación. —Movi6 la mano hacia la puerta con un gesto de rechazo con el fin de irritarlo—. No soporto las condiciones.

Una advertencia en respuesta a la de 6l.

Como no hizo ning6n movimiento para salir, Victoria emiti6 un suave sonido de ronroneo que provoc6 que el m6sculo de la mand6bula de 6l se contrajera.

As6 que... la intensa atracci6n era rec6proca. Eso la hizo sentir ligeramente mejor en lo que respecta a tener que esperar m6s tiempo para conseguirlo.

Con movimientos tranquilos e intencionados, Westin levant6 la botella y bebi6, y los m6sculos que se revelaron en su cuello hicieron que a ella se le secara la boca. Victoria no pas6 por alto la amenaza impl6cita en las acciones de 6l.

A continuaci6n, dej6 la botella vac6a en el filo de la mesa y se acerc6 a ella, aboton6ndose el abrigo antes de estrecharle la mano. Su palma ard6a, pese a que su piel estaba fr6a y h6meda por el sudor. Su mirada estaba tan g6lida como su mano. Victoria sab6a que 6l trazar6a un nuevo plan y regresar6a.

Y ella estaría esperándolo.

Victoria volvió a acariciarle la palma de la mano con los dedos antes de soltarlo.

—Hasta pronto, Max.

Éste salió del Hotel St. John y maldijo con vehemencia. Apretando los dientes, trató de controlar la erección que amenazaba con abochornarle en mitad de la concurrida acera.

Victoria St. John causaría problemas.

Lo supo en el momento en que el Consejo lo convocó. Domesticar a los animales solitarios y salvajes era una tarea propia de hechiceros menores y con menos experiencia. Al principio, aquella petición lo había sorprendido y, después, lo intrigó. Sin embargo, cuando conoció a su presa, lo comprendió.

Ladina y juguetona, Victoria se movía con la elegancia natural de los gatos. Su pelo corto y moreno y sus ojos verdes con el ángulo hacia arriba la convertían en una excitante tentación. Había visto su retrato cien veces y no había sentido más que una simple apreciación por un rostro bonito. No obstante, en persona, Victoria era arrolladora, llena de sensualidad y de ardor. Era un poco delgada para su gusto, más ágil que voluptuosa, pero aquellas piernas... Aquellas piernas imposiblemente largas... pronto estarían envolviéndole la cintura

mientras él la acariciaría bien dentro con su pene. Sin embargo, no sería fácil. Ella se lo había dejado claro con su sonrisa.

Sabía quién era y lo que era, lo cual significaba que los rumores de su fuerza eran ciertos. No se trataba de un Familiar común.

Él negó con la cabeza. Darius había sido un estúpido. Los Familiares necesitaban la mano firme de un hechicero o se volvían salvajes. Victoria constituía un muy buen ejemplo. Se había mostrado ya demasiado salvaje al desafiar al Consejo Supremo a cada paso.

También lo había desafiado a *él*.

Tan intrigado como atraído, Max repasó mentalmente la información que había recopilado antes de ir a verla. Victoria era una de las figuras más prominentes de los de su especie, y sus inteligentes acuerdos comerciales la habían llevado de la franquicia de un hotel de carretera a poseer una de las más importantes cadenas de hoteles exclusivos del país. Hasta la muerte de su hechicero, había sido un apreciado miembro de la comunidad de magos. Su salvajismo desde el fallecimiento de Darius había reforzado la postura del Consejo de que era mejor que los apareamientos se realizaran a través de cálculos mentales que de líos amorosos. De todos modos, había ocasiones en las que había surgido el amor, como le había ocurrido a Victoria, pero era mucho menos frecuente si intervenía el Consejo.



Max dobló la esquina y entró en un callejón. Gracias a sus poderes, recorrió la distancia por toda la ciudad hasta su ático en un abrir y cerrar de ojos. Allí, empezó a dar vueltas sin parar sobre el suelo de cemento pulido, con los nervios de punta. No le cabía duda de que Victoria St. John había robado su propio collar. Habría sido imposible que lo hubiese hecho un humano.

El sistema de seguridad del museo era muy avanzado. Victoria lo había hecho consciente de que el descaro de ese acto haría que otro Cazador fuera en su busca. El Consejo se esforzaba continuamente por mantener la existencia de su especie oculta para los humanos. Se tenía que poner fin al imprudente incumplimiento de las leyes que ella practicaba antes de que quedaran al descubierto.

Pero *¿por qué* estaba actuando así? Eso era lo que él no entendía. Debía haber una razón aparte del hecho de carecer de un hechicero. Era demasiado serena, demasiado calculadora. Sí, había que frenarla un poco, pero no estaba fuera de control. Antes de ponerla en libertad, estaba decidido a descubrir qué era lo que la motivaba.

Suspirando con fuerza, Max echó un vistazo alrededor de su casa, un amplio ático envuelto en silencio y conjuros de protección. Las paredes de color gris suave y los sofás oscuros y sin brazos habían sido tachados de fríos y áridos por alguno de sus subalternos, pero a él aquella decoración le parecía re-

lajante, pues absorbía la energía del lugar y facilitaba la respiración. Habría sido más sencillo domesticarla ahí, donde tenía a su disposición todas las herramientas de su trabajo. Pero incluso al pensar en ello, se daba cuenta de que haría falta otra cosa para conseguir triunfar en lo que otros habían fracasado.

Para atrapar a Victoria sólo cabría un único intento. Su poder había aumentado en cierto sentido; se había sorprendido enormemente al sentir la carga que había en ella. Eso explicaba por qué había conseguido evitar que la capturaran durante todos esos años. Tendría que hacerse con ella, no sólo sexualmente, sino en todos los aspectos. Había que dominarla, lo mismo que a todos los Familiares buenos, pero tendría que conseguir que ella lo *deseara*. Tendría que someterse voluntariamente —en cuerpo y mente— para que apareciera el collar, pues sus poderes impedían que pudiera ser atrapada sin su consentimiento.

Mientras Max pensaba en todas las cosas que le haría, la magia le recorría la sangre con una oleada de calor. No podía negar que la idea de domesticarla lo llenaba de expectación. No por la tarea en sí, pues estaba acostumbrado a realizarla en sus horas libres, sino por la mujer sobre la que tendría que llevarla a cabo. La simple idea de conseguir la completa sumisión de Victoria hacía que cada músculo de su cuerpo se endureciera. Todo aquel fuego que había visto en sus ojos y su descuidada indiferencia a la propia fuerza de Max, no por

ignorancia, sino por la excitación del juego. Por primera vez, existía una posibilidad remota de fracaso y esa presión le despertaba el deseo más que ninguna otra cosa.

Max se preguntó a quién la asignarían una vez que hubiese terminado con ella. Victoria sería siempre más fuerte que otros Familiares y él se negaba a domarla. Un Familiar domado carecía de la vitalidad necesaria para ser verdaderamente útil.

Sintió un premonitorio cosquilleo en la nuca que le advertía de la llamada antes de que Ellos hablaran.

«¿Te has reunido con la salvaje?», preguntó el Consejo. Cientos de voces hablaban al unísono.

—No es ninguna salvaje —los corrigió él—. Aún no.

«No puede ser domesticada. Muchos lo han intentado. Muchos han fracasado.»

Él se quedó inmóvil, receloso.

—Me habéis pedido que la capture. A eso es a lo que accedí. No voy a matarla sin intentarlo antes. Si es un asesinato lo que queréis, tendréis que buscaros a otro.

«No hay ningún otro Cazador con tu poder —protestaron—. Ya lo sabes».

—Entonces, permitidme que intente salvarla. Es única. Sería un desperdicio perderla. —Max se pasó una mano por el cuello y lanzó un suspiro—. Haré lo que sea necesario llegado el caso.

«Aceptamos tu sugerencia.»

Debió haberse tranquilizado con aquello, pero no fue así.  
—¿Habéis decidido adónde debo llevarla cuando la haya domesticado?

«Por supuesto.»

Apretó la mandíbula ante aquella vaga respuesta, un arranque del sentimiento de posesión no deseado pero que, sin embargo, allí estaba. La relación de dominación y sumisión era única en cada apareamiento y requería de una profunda confianza que no era fácil de conceder a otro individuo. Ésta sería la primera vez que él lo iba a intentar y no estaba seguro de cómo sentirse ante la idea.

—Entonces, marchaos. Dejadme planearlo.

Cuando la presencia evanescente del Consejo desapareció, sintió un fuerte deseo de llamar a Victoria con su poder y comenzar de inmediato la doma. Pero se templó. Aquel ímpetu era inoportuno y poco adecuado. Le encantaba cazar, disfrutaba con la doma, pero no era dado a la premura. Una buena dominación requería su tiempo, algo que la visita del Consejo le había dicho que no tenía. Como mucho, contaba con unas semanas.

Max gruñó cuando su miembro se le puso duro ante la expectativa. Varias semanas con Victoria.

Estaba listo para empezar.